

# REVISTA

DE

# BELLAS ARTES

AÑO I.

Santiago, Diciembre de 1890

NÚM. 11

## EL SALÓN DE 1890

### Y EL CHASCO DEL CAMPO DE MARTE

(Correspondencia especial para la REVISTA DE BELLAS ARTES)

El Salón de los Campos Eliseos ha estado lejos de ser contado en el número de los mejores, pero se le podrá calificar de brillante comparado con el extraño espectáculo organizado en el Campo de Marte por esa violeta del pincel de legendaria modestia, M. Meissonier.

M. Meissonier — Ernesto — estaba inconsolable por no ser más que miembro del Instituto y Gran Cruz de la Legión de Honor; no podía perdonarse no ser presidente efectivo de la Sociedad de los Artistas franceses, mientras que á sus propios ojos lo era de derecho. Los que le impedían llenar funciones que le correspondían, se venían haciendo desde tiempo atrás culpables del crimen de *lesa-meissonería*. Había llegado el tiempo de terminar con esa irritante denegación de justicia. Por otra parte, la Sociedad de los Artistas franceses ¿no acababa de llegar al colmo de sus delitos no pasmándose de admiración al ver cómo Meissonier padre, presidente del Jurado el año último en la Exposición Universal, había ingenuamente

cubierto de honor y gloria á Meissonier hijo con una medalla de oro, sin hablar de la cinta con que enrojeciera el ojal de aquel á quien el mundo de los talleres ha llamado «el hijo de papá,» ese hijo cuyos papeles pintados tienen renombre en el mundo entero.

¡Era demasiado! También el Meissonier plácido, metódico, benévolo, cortés, justiciero, lleno de dulzura á fuerza de suavidad, de abnegación y de purificaciones sucesivas, Meissonier anti-orgulloso, anti-personal, ese Meissonier simpático á todos y que todos adoran, cedió esta vez el lugar al impetuoso Aquiles, que se lanzó, atronador, de su tienda para coronar su ancianidad con la obra tan gloriosa como fecunda de la escisión de la Sociedad de los Artistas franceses, esperando su disolución.

Esta escisión no se consumó, sin embargo, antes que M. Meissonier se interpusiera hasta el último segundo, al lado del intrépido héroe, determinado, como estaba á impedir con su habitua

blemente la ley de los sacrificios; se asimila de una manera sorprendente la vida peculiar á cada uno de sus modelos, y lo traduce en grandes líneas con una energía extraordinaria. M. Constantin Meunier es alguien; el arte, y no el comercio del arte, es su única preocupación.

Qué decir del grabado sino es que si M. Boilvin estaba perfecto y M. Daniel Mordant más y más hábil, M. Charles Waltner había caído en plena decadencia— su *Diploma de la Exposición Universal de 1889* es particularmente indigno del pasado de tal, artista y su discípulo, M. Karl Kœppingt, por su parte, no ha despedazado menos

una gran plancha gravada según la *Comedia de los oficiales del cuerpo de los arqueros de Saint-Georges*, una de las obras maestras de Frans Hals en el Museo de Harlem.

En resumen, pobrísima exhibición de la que triunfaba más que fácilmente el Salon de los Campos Elíseos, pero que impone á la Sociedad de los Artistas franceses tanto más el deber de ocuparse por fin con mucho mayor ahinco del arte que de corrillos y de proceder á reformas serias en su organización sujeta á muy justas críticas en interés mismo de los socios.

VERAX

## EL SALÓN NACIONAL (1890)

### I

Más numeroso por la cantidad de obras exhibidas así como por la de los artistas que á él han concurrido, el Salón de 1890 es también superior al del año pasado por el mérito de las producciones que lo constituyen. No es esta la opinión de la crítica en general que estima la actual exposición inferior á las dos anteriores; sin embargo, que en el estudio de las obras se contradice, reconociendo que la mayor parte de los artistas exponentes han realizado durante el año progresos muy considerables. Lo que falta al Salón de 1890 es una obra sobresaliente, que descuelle sobre las demás y que demuestre un grande esfuerzo triunfante, aun cuando no sea un éxito completo.

Para confirmar nuestra opinión nos basta exponer que Jarpa y Correa se presentan con mucho más brillo; Lira, que se abstuvo el año pasado, exhibe nuevas y hermosas producciones; la señorita Castro explora nuevos caminos; Herzl, afirma su simpático talento de acuarelista; los jóvenes Larocho, Tobar y Alfredo Castro nos dan agradables é inesperadas sorpresas, y á esto se agrega todavía varios nombres nuevos, como el del señor Alejandro Silva, señora Luisa Scofield

y señorita Lastarria que exhiben trabajos recomendables para merecer los aplausos de los inteligentes y las recompensas del jurado.

En la escultura, haciendo abstracción de Plaza que se muestra inferior á sí mismo, nos encontramos con el inspirado grupo de Arias y con el busto monumental de Lagarrigue; Blanco exhibe un alto relieve que, si no marca un progreso, nos manifiesta al menos su infatigable aplicación; Manzor se robustece en sus estudios; Tapia y Concha, dos nuevos exponentes, que son dos niños, se presentan con ensayos que nos hacen concebir halagüeñas esperanzas.

¿Qué más podíamos esperar? ¿ni qué más teníamos derecho á exigir?

### II

#### LA PINTURA

Pedro Lira no nos ha dado este año el placer de contemplarlo en una ó más de aquellas telas de grande aliento en que á nuestro sabor podíamos apreciar sus grandes cualidades y advertir sus defectos, á veces grandes también. Sabía que para cautivar nuestra atención, manteniéndose á su altura y sin presentarnos el lado vulnerable,

le bastaba enviar al Salón alguna de esas telitas en que suele solazarse su fantasía, unas cuantas de esas figuritas que sólo él sabe pintar entre nosotros, llámeselas simplemente *Perfil de mujer*, *Viejo leyendo*, *Remendona*, etc.

¡Y la verdad que son hermosas!

Nada nos parece más delicado ni más finamente observado, como líneas y como color, que ese perfilito de niña en que corren á parejas la gracia, la elegancia y una sencillez encantadora. Y como haciendo contraste con la joven rica está allí la simple hija del pueblo remendando su pobre ropa, niña en que están pintadas todas las simpatías que despiertan las virtudes que germinan, brotan y crecen ignoradas en el hogar del pobre. Esa niña vive feliz en su humilde choza; inspira respeto, uno no se atrevería á interrumpir su labor. Todo es digno de atención en este cuadrito tan modesto como bien sentido y tratado de una manera tan fácil, tan sobria y tan adecuada.

Podríamos decir de *La Remendona* que es uno de los cuadros mejores de Lira, porque es irreprochable de ejecución, sano en el fondo y en la forma y puede hacer bien á los que sepan mirarlo.

El *Viejo leyendo el diario* nos está diciendo que Lira sabe pintar con el mismo resultado todas las edades de la vida y que el mismo pincel que hoy reproduce en la tela la cutis fina de una niña elegante, hará mañana la piel rugosa y tostada del hombre envejecido en el trabajo.

Pero Lira nos guardaba para este año una novedad artística en su biombo, aplicación felicísima de la pintura á las necesidades de familia. No es aquello la gran pintura decorativa, Nó, es la pintura que toma el lugar de los bordados chinos, que se amolda á las estrechas dimensiones de un biombo de salón ó de dormitorio, pero con un encanto y un atractivo tan poderosos, que nos vemos obligados á no describir esta obra de arte; porque cualquiera que la ha visto la comprende y no olvida fácilmente esa joya de cuatro facetas, mejor dicho, ese libro de sólo cuatro páginas en que con caracteres tan hermosos está escrita la historia de la vida, para todos interesante porque es la historia de la humanidad entera.

Después de habernos ocupado de Lira, pasamos á estudiar los envíos de su amigo y compañero Jarpa, que ocupa en el paisaje un lugar prominente ya por todos reconocido.

Su hermoso cuadro, *Cerros de costa* es la feliz continuación de sus producciones anteriores, con las que guarda cierta evidente analogía. En cuanto á su *Paisaje de Cordillera*, que ha merecido el premio de honor del certamen Edwards, es una brillante sorpresa. Aquí la originalidad de la composición, la amplitud de la factura, la vibración de la luz, la reflejada transparencia de la sombra, la acentuada particularización de la localidad, nos están diciendo con voces elocuentes cual ha sido la emoción del artista en presencia del natural; y por eso esa misma emoción se transmite conmovedora y entusiasta al ánimo del espectador.

Es preciso decirlo con toda precisión, ese cuadro de Jarpa es, no solo la mejor de sus obras, sino que es una verdadera obra de arte en toda la extensión de la palabra.

La señorita Celia Castro, el temperamento artístico más poderoso y genial de nuestra juventud, exhibe una *Salida de ejercicios*, dos marinas y un estudio que ponen en relieve una vez más su delicadeza de colorista y su finura de observación.

En su cuadro de costumbres nos complacemos en elogiar ante todo la verdad de los tipos y el aire que envuelve y armoniza el conjunto, cualidades difíciles de obtener, que la autora posee en más alto grado que ninguno, pero que no bastan á disimular la insuficiencia de la ejecución en varios puntos de su tela. En cuanto á la disposición de los grupos, creemos que la señorita Castro ha esquivado una dificultad cubriendo con el caballo del primer término el punto central de la escena.

Su gran marina de Viña del Mar es de una tonalidad distinguidísima, de una sencillez conmovedora y de una profunda emoción poética.

Las aguas del primer plano que parecen venir-se sobre la playa inundándolo todo, pues la tierra está más baja que el nivel de las aguas, como en las costas holandesas, son la parte desgraciada

de este cuadro que, sin embargo, nos muestra una nueva faz del talento de la autora.

Su pequeña marina y su cabeza de chiquilla merecen toda clase de elogios.

Soberbia y amplísima revancha toma este año el joven Correa con los cinco cuadros que exhibe. Su estrella, después de un ligero eclipse, reaparece más brillante que nunca: su personalidad se afirma y se impone.

Correa es el pintor de la luz y su cualidad dominante es el vigor. En este sentido, Correa no tiene rival, como la señorita Castro no lo tiene en el suyo.

*La canalización del Mapocho*, obra del todo original y de grandes dificultades, verdadera como una fotografía, luminosa como el natural, valiente como ninguna, es el paso más avanzado y audaz que ha dado hasta ahora el joven autor de la *Siega* y de la *Trilla*. La novedad de los elementos pintorescos de que hacía uso, así como su extremada complicación, eran una enorme dificultad con que había que luchar, y que Correa ha vencido tan completamente que el público no se da cuenta del esfuerzo.

Cada uno de los otros cuadros de Correa es una confirmación de sus progresos, particularmente el de la faena campestre en que las figuras y los animales se hallan ejecutados con singular primor. La luz radiante, el sol abrasador de verano que ilumina y reverbera en este cuadro no son superiores á la diáfana transparencia de su cielo.

Guzmán insiste en sus audaces tentativas de reproducir los episodios más atrevidos de nuestra historia nacional. Su *Combate de Sangra* no tiene por fortuna las proporciones temerarias del combate de Iquique, pero tiene sus mismos defectos y sus mismos atrevimientos felices. Guzmán ha empuñado la trompa épica y la hace sonar á todos los vientos con ruido ensordecedor; pero no da todavía la nota victoriosa. En otro género más sencillo y más risueño habría triunfado ya; pero él porfía por alcanzar la victoria más costosa; parece que despreciara los triunfos fáciles. La tenacidad de su carácter y las condiciones de su apasionado temperamento le harán caer vencido pero no domado.

Uno de los pintores más discutidos del Salón es el francés Laroche. Su retrato de *Guagua* ha levantado una verdadera tempestad; y no son pocas las invectivas que le ha acarreado el del joven *Balmaceda* en su lecho de muerte.

Para nosotros que estimamos todo lo que significa un esfuerzo y que sólo rechazamos lo banal, las obras de Laroche son de las más meritorias, á pesar de sus evidentes incorrecciones. Su cabecita de *Niña* nos prueba la seriedad de sus estudios, y la audacia de sus tentativas nos revela el alcance de su temperamento artístico. No hay uno solo de sus compañeros de arte, que cometen la inconveniencia de ridiculizarlo haciendo corrillos, que no le tema y no esté convencido en el fondo de su evidente superioridad.

Reveco, autor de varios retratos que hemos elogiado en otras ocasiones, exhibe ahora el del conocido corredor de comercio don Samuel Izquierdo en su traje de bombero. Todos se complacen en el gran parecido de este retrato; pero por lo mismo que tenemos simpatías y aprecio por el talento del autor, aun agregando nuestro aplauso al del público, debemos declarar que esperábamos de él una obra de mayor esfuerzo.

El joven Daniel Tobar con su paisaje del *Mapocho* y Alfredo Castro con su *Temporal*, han dado un salto inmenso. En adelante habrá que considerarlos como dos de nuestras bellas esperanzas: en uno y otro á más de sus progresos de pintor, se ve asomar la luz de los verdaderos temperamentos artísticos.

¿Qué decir de nuestro espiritual acuarelista Pedro Herzl? ¿Quién no lo conoce y quién no ha aplaudido más de una vez su chispeante factura y su gracioso colorido? El jurado de recompensas no ha hecho más que justicia al acordarle una segunda medalla y de las más merecidas.

Menos feliz que otras veces en el más importante de sus envíos, su gran marina histórica, Enrique Swinburn manifiesta un evidente progreso en sus pequeños estudios del natural, más verdaderos, más ricos y variados de color al mismo tiempo que más sólidos y mejor dibujados que los de los años precedentes. Perseverando en tan buen camino, Swinburn está llamado á efec-

tuar muy próximamente una brillante evolución en su manera.

El joven Helsby, de Valparaíso, no consigue hacernos dudar de su talento á pesar de los esfuerzos que ha hecho en ese sentido mandando á la exposición su *Via láctea* y su *Valparaíso escondido*, dos desgraciadísimas excentricidades británicas. La verdad de observación, los progresos en el colorido y la factura, la decidida personalidad que aplaudimos en varios de sus cuadros nos tranquilizan por completo sobre el porvenir.

No podemos pasar en silencio, aun concretándonos á los estrechos límites en que quisiéramos encerrarnos, los risueños cuadros de Juan de Dios Vargas, el más espiritual de nuestros aficionados y el más chispeante en la graciosa indicación de las figuras que completan y animan el paisaje. Vargas no es un escrupuloso observador del natural sino un simpático y elegante manierista que, aunque no nos convenza, nos atrae y nos encanta.

Vidal, otro manierista, nos interesa menos por que la escrupulosidad de sus cuadros implica la idea de convencernos, lo que es absolutamente imposible al lado de los trabajos hechos directamente del natural por la mayoría de los exponentes. Pero le reconocemos un mérito indudable en la elección de sus asuntos, y por lo mismo le agradeceríamos que se olvidara ya de las lecciones y sacudiera la influencia de su maestro, para sentir mejor la del natural y formarse así una individualidad propia. Su talento le autoriza para tener más confianza en sí mismo.

Nuestros sinceros aplausos á la señora Luisa Scofield, á la señorita Luisa Lastarria y á los jóvenes Silva y Valenzuela, cuatro debutantes que nos han sorprendido en el presente Salón.

### III

#### LA ESCULTURA

Los representantes chilenos de esta rama del arte van ganando terreno cada día y afianzando con sus obras la vitalidad de nuestra escuela.

Sin hablar de Plaza, cuyo talento poderoso hemos tenido ocasión de aplaudir en diversas cir-

cunstancias, pero que solo se presenta este año con un bajo relieve inconcluso y poco feliz, y con algunos otros pequeños trabajos que no están á la altura de su reputación, que se ha ido engrandeciéndose de año en año; sin hablar de él, constataremos los evidentes progresos de su discípulo Manzor y las bellas disposiciones que manifiestan en sus ensayos los jóvenes Concha y Tapia, igualmente discípulos suyos. Frente á las obras que nos presenta Plaza este año se alzan como una protesta su encantadora y graciosa estatua *El Jugador de chueca*, y el grupo en mármol *El Perdón*, su éxito del año pasado, de una ternura profunda y conmovedora. Si, esa obra hermosísima en que se ve á la madre que recibe en sus brazos á la hija extraviada, tan llena de amargura y de grandeza, tan admirablemente caracterizada y cuyas líneas generales se agrupan y armonizan con una sencillez clásica, parece extender también su perdón á Plaza por la inferioridad de sus trabajos de este año. Para consuelo de nuestro amigo le diremos que estas caídas son propias de los más grandes cerebros, el mismo Balzac, que ha creado una humanidad tan grande y tan viva, caía en lo raro y en lo mediocre los días en que no se elevaba á lo sublime.

El escultor Blanco ha puesto toda la conciencia de que es capaz en el bajo relieve que nos presenta destinado al monumento que los oficiales del ejército chileno dedican á la memoria de Vicuña Mackenna. Las líneas y la modelación de la obra de Blanco son bastante felices, pero el niño parece más bien un hombre chico y mal proporcionado, el movimiento es de una insignificancia absoluta y el kepí de oficial sobre esa figura desnuda es una invención de mal gusto.

Carlos Lagarrigue ha mandado de Europa una hermosa cabeza monumental perfectamente decorativa. La piel de león que le sirve de cimera, los laureles que equilibran el movimiento de los flotantes y ondeados cabellos y la espada que completa tan armoniosamente el conjunto, nos hacen creer que el tipo representado es el de Bellona, la turbulenta diosa de la guerra. Y suponiendo que sea este el asunto elegido por nuestro distinguido escultor, habríamos deseado encon-

trar mayor energía en la boca, cierta dilatación en las ventanillas de la nariz y más fuego en la mirada. Estas críticas que creemos de toda justicia, desaparecerían, sin embargo, si nuestra interpretación del título fuera errónea.

¿Qué decir ahora del grupo que Arias nos ha mandado en bosquejo para conmemorar la gloriosa defensa de la Concepción? ¿qué decir si no que el autor feliz y patrióticamente inspirado por el recuerdo de uno de los más bellos hechos de armas de esa brillante epopeya ha traducido el sentimiento nacional con los más nobles y calorosos acentos? ¿qué decir si no que ese bosquejo magistral debe ser trasladado al mármol sin pérdida de tiempo para celebrar con él nuestras glorias de la guerra y saludar en él nuestras glorias de la paz?

Arias, que es ya una ilustración nacional, no había volado tan alto ni había producido hasta

ahora una obra tan vibrante ni tan bien concebida.

Desde luego la vida y la energía rebosan allí por todas partes; se siente el calor de la refriega y la voluntad indomable del heroísmo. Los diversos episodios que constituyen ese gran total han sido perfectamente elegidos para caracterizar aquel memorable combate; y por cualquier lado que se mire, ese grupo es elocuente y conmovedor.

Todo eso lo ha conseguido Arias sin esfuerzo aparente, sin énfasis de ninguna especie, ponderando y equilibrando sus líneas y sus relieves con tanta fortuna como originalidad.

Lo completo del éxito es causa de que no sorprenda al público como debiera. Pero la obra de Arias es con mucho la más atrevida y la más hermosa creación que ha realizado ese artista.

VICENTE GREZ

## EL TEATRO ACTUAL EN ALEMANIA

En el año último se fundaba en Berlín con el nombre de *Escena libre* una sociedad de jóvenes escritores naturalistas, que tienen á su cabeza á Otto Brhaw. Su fin era reformar el arte dramático y permitir á talentos jóvenes que hicieran representar sus piezas rechazadas por los Directores del Teatro. Los fundadores no querían ser imitadores del naturalismo francés, así como evitaban el naturalismo ruso.

La *Escena libre* ha dado en 1889 cuatro representaciones; acaba de dar otras cuatro en este invierno y la última primavera. *El Poder de las Tinieblas*, de León Tolstoi; *El cuarto mandamiento*, del poeta vienés Anzengrüber; *La familia Selike* de Holz y de Schalf, y *Por la gracia de Dios*, de Arturo Fityger.

El *Teatro libre* del señor Antoine ha sido el primero que haya dado en el extranjero el *Poder de las Tinieblas*, nada nuevo, de consiguiente, podríamos decir aquí.

En la pieza de Anzengrüber no se ve muy bien lo que el cuarto mandamiento tiene que hacer con

los infortunios de la heroína Helena que, para obedecer á sus padres, renuncia al hombre que ama—su maestro de música— y se casa con un rico libertino. Desgraciada y enferma se acoge al susodicho mandamiento. Por lo demás la pieza es buena; el autor conoce muy bien la burguesía vienesa y sabe pintar sus debilidades y sus yerros.

En la *Familia Selike*, se patalea en pleno naturalismo. El padre Selike vuelve ebrio á su casa en la víspera de Noel, y los espectadores se ven obligados á asistir á la vuelta de ese borracho que se tambalea y sigue tastabillando por espacio de media hora á través del cuarto, tartamudeando, gruñendo, etc. La señora Selike, su gruñona esposa; Toni, su hija mayor y dos hijos asisten á la escena que para ellos no es nueva. Lisa, la hija menor, agoniza en un rincón, lo cual repone al padre de la borrachera. Al margen de aquella empañada realidad se desarrolla un idilio romántico. Un joven estudiante de teología, que por amor á Toni, ha arrendado una pieza entre los Selike, pide la mano de la joven; ella la nie-